

CINE LATINOAMERICANO E IMPERIALISMO CULTURAL

IGNACIO RAMONET

El cine latinoamericano nació, como movimiento cultural, en los encuentros de Viña del Mar (Chile) en 1967 y 1969. Allí, los cineastas del continente se reúnen por vez primera, pueden ver mutuamente sus películas y constatan que todas ellas expresan idénticas preocupaciones por la cultura vernácula, por la memoria popular y por la liberación de sus pueblos. Han pasado diez años. La noche de las dictaduras ha cegado las pantallas del Cono Sur y muchos realizadores se han dispersado, pero los ideales de Viña del Mar se han mantenido vivos en otros países y en todo el fecundo exilio.

Urgía, sin embargo, establecer un balance, provocar un nuevo encuentro continental, poner en contacto a cineastas y cines jóvenes con otros más experimentados, darle una nueva consistencia teórica al "nuevo cine latinoamericano" en este momento de transición en que vivimos y que se caracteriza por una aceleración de la agresión cultural de los Estados Unidos, favorecida por la radical modificación cualitativa de la tecnología de las comunicaciones de masas.

De ahí la necesidad de un Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano, que a iniciativa de Alfredo Guevara, teórico fundamental del cine latinoamericano y creador del cine cubano, acaba de celebrarse en La Habana. Han acudido a este encuentro más de un centenar (1) de cineastas venidos de todos los países latinoamericanos y más de quinientos participantes de todas las profesiones ligadas al cine. De Fernando Birri a Carlos Álvarez, de Walter Achugar a Mario Handler, de Carlos Rebollo a Felipe Cazals, de Pedro Rivera a José García, de Sergio Muñoz a Miguel Littin, de Patricio Guzmán a Marta Rodríguez, etcétera, la mayoría de los mejores realizadores de América Latina se dieron cita en La Habana, junto con directores de

cinematecas, responsables nacionales de cine, universitarios, críticos, escritores, en la mayor concentración de intelectuales cinematográficos de la historia del cine latinoamericano. Hay que mencionar aparte la presencia de unos cincuenta críticos y cineastas (entre ellos, Barbara Kopple y Lorraine Gray), norteamericanos venidos en signo de amistad y de solidaridad. Se proyectaron cerca de trescientas películas que representaban más de doscientas horas (y sólo dos ojos para tantas imágenes), además de un importante mercado

mental, sobre el estado actual de las comunicaciones de masas en América Latina con respecto al imperialismo cultural, en el que participaron, entre otros, los profesores González-Manet, Armand y Michèle Mattelart, y Herbert Schiller.

La calidad media del conjunto de las películas ha sido, hay que reconocerlo, mediocre, y esa mediocridad resulta, en general, de las dificultades de todo tipo que encuentran los cineastas latinoamericanos a la hora de hacer cine; sin embargo, algunas horas despuntaron por su autenticidad

sioneros desaparecidos, Sergio Castilla describe el funcionamiento banal de un centro de tortura disimulado bajo el aspecto de un chalet de barrio residencial; el tema de la tortura, visto desde la izquierda, tan traumatizante, es tratado por Sergio Castilla con pudor y sangre fría. Jesús Treviño, en *Raíces de sangre*, expone la situación de los obreros chicanos en la región fronteriza entre los Estados Unidos y México; la película sacrifica a veces a los códigos narrativos hollywoodenses, pero tiene una gran credibilidad y adquiere fuerte intensidad dramática en



de films, una retrospectiva del cine cubano, una muestra del cine de los países socialistas, etcétera, así como dos simposios sucesivos: el primero, de información sobre la situación de cada una de las cinematografías latinoamericanas, y el otro, funda-

mental, sobre el estado actual de las comunicaciones de masas en América Latina con respecto al imperialismo cultural, en el que participaron, entre otros, los profesores González-Manet, Armand y Michèle Mattelart, y Herbert Schiller.

la última secuencia que entronca con la mejor tradición del cine épico mejicano.

A pesar del acierto de estas tres películas de tema contemporáneo, no cabe duda que el cine latinoamericano alcanza hoy por hoy su mayor expresividad polí-



Gabriel García Márquez y Miguel Littin, durante el rodaje de *La viuda de Montiel* (1979), en Tlacotalpan (México). En la otra página: fotograma del film citado, con Geraldine Chaplin.

tica y estética en sus obras de tema histórico: tres films lo demostraron espléndidamente: *Coronel Delmiro Gouveia*, del brasileño Geraldo Sarno; basado en hechos reales, este film narra el itinerario de un capitalista nacional, emprendedor y afortunado, que a principios de siglo monta una fábrica de hilo en el Nordeste del Brasil y se ve enfrentado a los monopolios ingleses. *Maluala*, del cubano Sergio Giral, cuenta la historia de un "palenque", territorio administrado por una comunidad de negros cimarrones, y sus luchas contra la agresividad del Ejército colonial español en la Cuba del siglo XIX; este es un ejemplo magistral de un cine que logra articular acción y reflexión sobre la historia. Giral confirma que es uno de los más interesantes realizadores cubanos de hoy.

Y dominando netamente todas las películas del Festival, *La viuda de Montiel*, último film de Miguel Littin, adaptado de un cuento de Gabriel García Márquez. Littin nos da por fin la obra que esperábamos de él desde *El chacal de Nahueltoro* y *La Tierra Prometida*; su verdadera dimensión poética. Obra de madurez, de plenitud, *La viuda de Montiel* cuenta con admirable serenidad política qué es un cacique de

pueblo, en la evocación caleidoscópica de los recuerdos de su viuda. Película de atmósfera, en la que está presente todo el universo insólito y cotidiano de García Márquez, y donde Littin logra

plasmar con extraordinario acierto plástico la extravagante belleza del trópico caribeño; ayudado por un decorado sobrio y brillantemente armonioso, así como por una fotografía magis-



"*Maluala*", de Sergio Giral (Cuba, 1979).

tral de Patricio Castilla (nombre que desde ahora habrá que recordar como uno de los mejores directores de fotografía del momento) y una interpretación (una creación) de Geraldine Chaplin, toda poseída por una llama interior, expresando la angustia de su mundo desplomado sólo con su cuerpo, con sus ojos increíbles y su silueta fantástica. *La viuda de Montiel*, una obra maestra.

También pudimos ver, por vez primera, muestras consistentes de las más recientes cinematografías latinoamericanas: películas de Puerto Rico (las de José García sobre todo), de Panamá (cortos de Pedro Rivera) y la primerísima obra del nuevo cine nicaragüense: el Noticiero INCI-NE, realizado por Franck Pineda, así como una retrospectiva del ya importante movimiento cinematográfico chicano (25 cortos y un largometraje) que nos ofreció un panorama completo de la problemática de esta comunidad.

Dar cuenta del seminario sobre comunicaciones de masas e imperialismo cultural necesitaría mayor espacio del que acabamos de consagrar al cine; digamos, muy resumidamente, que a la invitación de Alfredo Guevara de "estudiar el cine como experiencia de cultura e identidad, y la agresión real y potencial que las transnacionales ejercen sobre la cultura e identidad de los países latinoamericanos a partir del dominio y ejercicio de modernos recursos tecnológicos", respondió el profesor González-Manet con una exposición muy completa y documentada sobre el papel de los medios masivos en la colonización cultural de América Latina que llevan a cabo, hoy más que nunca, los Estados Unidos; Armand Mattelart explicó cómo la agresión cultural actual se articula al concepto de crisis y al rediseño de la política norteamericana de los "derechos humanos" con respecto a América Latina; Michèle Mattelart expuso los rasgos principales de lo que pudiera ser una "cultura multinacional"; por fin, el profesor norteamericano Herbert Schiller describió las nuevas tecnologías que permitirán dentro de breves años inundar un continente entero de mensajes audiovisuales sin que ningún Gobierno pueda impedirlo. Las discusiones a que estas ponencias dieron lugar fueron siempre apasionantes y demostraron con creces que era hora de alertarse y de ponerse a estudiar la manera de resistir a esa avalancha de comunicación que amenaza con inundar América Latina. ■